

ESTRELLA DE DIEGO  
*No soy yo. Autobiografía, performance y nuevos espectadores*  
Ediciones Siruela, Madrid 2011, 255 pp.

Estrella de Diego, catedrática de Arte Contemporáneo de la Universidad Complutense de Madrid, ha venido desarrollando su labor como docente y crítica de arte. Su último trabajo, *No soy yo. Autobiografía, performance y los nuevos espectadores*, nos coloca de nuevo en el centro mismo de la Modernidad para revisar ciertos paradigmas que con su llegada fueron trastocados. Al igual que ya hiciera en *Contra el mapa. Disturbios en la geografía colonial en occidente* o *Tristísimo Warhol* emprenderá un interesante análisis lleno de lucidez, poniendo el acento en las cuestiones relacionadas con los estudios visuales y la problemática de género. Tratará de desentrañar los mecanismos por los cuales el sujeto moderno es narrado o construido visualmente. Este sujeto fragmentado, quebrado, que poco tiene ya de aquella identidad monolítica y eterna que se le suponía, se halla irremediamente condicionado por el desarrollo de un discurso dominante. La autora habrá de advertirnos de las trampas y convenciones a las que nos conduce este relato único de la Historia. Verá en el trabajo autobiográfico de muchas mujeres el primer paso para subvertirlo y dar voz a las minorías excluidas, “tal vez porque las mujeres no hemos tenido tradicionalmente una historia propia al carecer, desde el discurso dominante claro, de la subjetividad que requiere el acto mismo de comenzar a narrar(se)” (p. 10). Buscar nuevas formas de contarse, hacerse presente en la historia, es en definitiva un modo de conocerse, crearse. Para ella, la autobiografía será, más que nada, una cuestión de construcción del sujeto.

Partiendo de una sobreabundancia de ejemplos que amenizan la lectura pero que en algún caso enturbian la claridad del mensaje teórico, Estrella de Diego irá desde lo literario hasta lo pictórico y lo fotográfico para acabar considerando a la *performance* como la expresión visual que mejor se ajusta a las exigencias del género autobiográfico. Los novelas desde las que emprende su análisis le permitirán mostrar fácilmente cómo ese sujeto múltiple, que es yo y al mismo tiempo muchos otros, encuentra en la narración autobiográfica el lugar perfecto en el que concebirse. Narrarse implica dividirse en dos, mirarse desde fuera y asistir a la existencia de un yo que narra y un yo narrado. Estos dos sujetos, que vivieron en un tiempo y un lugar distintos – lo que soy ahora y lo que fui –, “sólo en el espacio narrativo [volverán a ser] capaces de convivir” (p. 44). La autobiografía es un medio de expresión que da cuenta de la realidad plural de ese sujeto moderno, del antes y el después que lo define. De Diego emplea la palabra secuencialidad para referirse a este fenómeno temporal que considera característico de la autobiografía.

El autorretrato convencional, por contra, nos sitúa ante una imagen ideal, lo que a partir de Lacan la autora definirá como un “yo ejemplar” (p. 23). Nos “reemite a un desplazamiento” (p. 62): en vez de la imagen real contemplamos la imagen de un modelo, un estereotipo que enmascara o encubre aquello que habita detrás, llegando a temer sobre la dificultad de “retratarse a uno mismo porque cada intento [no es más que] un disfraz, una imposibilidad” (p. 66). Aunque no se detenga apenas sobre el fenómeno del autorretrato debería recordarse que el concepto mismo del retrato clásico es intemporal, y por tanto fijo y eterno, ajeno a ese antes y después. No hay en él nada de secuencialidad. La dimensión espacio-temporal está suspendida en una suerte de eternidad imperturbable

por lo que no responde al carácter móvil de la identidad moderna. De ahí puede ser que Estrella de Diego lo deseché como elemento de estudio y sólo recurra a él para establecer una distinción entre autorretrato y autobiografía como formas que guardan mucho en común pero que no llegan a ser una misma cosa.

La pintura tradicional colocaba al espectador en una posición omnipotente. La perspectiva ideada en el Renacimiento “aparece como un inequívoco método de control” (p. 26) que deposita todo el poder sobre el que ejerce la mirada. Negaba cualquier posibilidad de “reciprocidad visual” (p. 25), respetando sin contaminar el territorio que nos pertenecía en tanto degustadores de arte. Al interesarse en los primeros capítulos por experiencias pictóricas y fotográficas que trataron de alterarlo, que fracturaron el espacio visual, la autora dirigirá nuestra atención sobre aquellas propuestas que acabaron generando un nuevo espacio narrativo, el espacio de la concordia o del encuentro. Y no sólo porque el espectador se vio impelido de un modo irreverente, situado en una posición extraña, inestable, al haber sido hecho partícipe de la obra. Ese espacio será también el lugar en el que se podrá ofrecer más de una versión de los distintos yoes que conforman la idiosincrasia del sujeto moderno. Tales son los ejemplos citados de autorretratos con espejos o de las imágenes desdobladas – *Las dos Fridas*, de Frida Kahlo – en los que se aluden a “realidades disímiles que conviven” (p. 75) sin anularse o superponerse. Cada una de ellas formará parte de ese constructo que denominamos identidad. Y como ocurría en la autobiografía literaria en donde el espacio narrativo era el lugar de convivencia de los dos sujetos – el que narra y el que es narrado – en las artes visuales ahora será el espacio de la representación el que permita tal reconciliación.

La Modernidad trajo consigo muchos cambios, y algunos afectaron al citado espacio de representación. Ya no importaba sólo lo que ocurría dentro del cuadro, la fotografía o el encuadre. También lo que pasa a su alrededor era importante. El público mismamente al mirar la obra de arte acababa por formar parte de ella, de su historia, de su existencia en tanto pieza que se exhibe y vive en un museo. “Mirar es estar dentro”, “formar parte del relato” (p. 11), repite una y otra vez Estrella de Diego. Así pues se detendrá en aquellas experiencias que pongan en marcha estrategias de territorialización o conquista del espacio. La obra de arte abandona su estatus como algo bien diferenciado, autónomo, contemplado por nosotros desde nuestra segura distancia, esa que el discurso dominante nos había proporcionado. Ahora irrumpe en un ámbito que no le pertenece, el del sujeto que mira. En *Close*, de Atom Egoyan y Julia Sarmiento, la proyección se va expandiendo poco a poco por las paredes hasta llegar a los espectadores, a los que abraza y convierte en lugar donde hacerse carne. Se echa en falta el análisis de otros casos tan conocidos como el de los trabajos de Pistoletto en los que quedaríamos atrapados en el interior de los cuadros. Parece más bien que Estrella de Diego se interesa únicamente por aquellas manifestaciones en las que la obra de arte abandona, se mueve y cobra vida por extensión, quedando vivificada. El sujeto que contempla formará parte de ella pudiendo ya no sólo mirar sino ser mirado como una obra de arte.

Se genera un extraño intercambio de papeles – espectador-obra, obra-espectador – y el movimiento se produce con fluidez. Nos recuerda a un yo fragmentado, el que fue antes y después de la acción artística, del que tendremos una experiencia secuencial. La identidad tiene algo de creado. Ese nosotros mismos que será contado en el proyecto autobiográfico irá siendo creado, evolucionando a lo largo del proceso de escritura o la puesta en escena. En ese narrarse a sí mismo que supone un mirarse y dividirse en dos, en donde los intercambios se fluidifican, el yo y el otro se confunden, se pregunta De Diego “cómo preservar la integridad del autor” (p. 122), a su vez también fracturado. Propone, como han venido usando tantos y tantos artistas, optar por un distanciamiento.

Distanciarse hasta lo grotesco, si es necesario. La parodia, el disfraz, hacer un poco de actor y asumir otros roles, adoptar otras identidades. Para contar, denunciar, decir lo que de otro modo habría sido imposible. Y aún más: tomar directamente la vida del otro. No parodiarla, apropiarse. “Contar la biografía de los otros es con frecuencia un método eficaz de relatar la propia autobiografía” (p. 178). Boltanski creó una historia falsa de su infancia a partir de fotos verdaderas. Warhol utilizó imágenes icónicas de su tiempo y a los actores de la Factory para construir un gran relato de sí mismo.

Si narrarse supone un contar la vida como si fueras otro, observarse desde fuera, escindir en el que narra y sobre el que se piensa, el sujeto, como diría Barthes, acaba “convirtiéndose en objeto” (p. 109). Estrella de Diego nos ha conducido hacia la reflexión de una retórica de la desposesión en la que incluso propone a un autor que acaba por desaparecer. Cita a Foucault cuando reconoce que toda autobiografía, al ser narrada, tiene algo de ficción, y, como consecuencia, “el sujeto que escribe su propia vida, mientras la escribe, es de ficción también” (p. 59). El cuestionamiento entonces de la veracidad y la autenticidad de lo narrado autobiográfico aparece siempre que uno afronta estos trabajos: qué se cuenta y qué se decide no contar, a quién y desde qué voz. Estrella de Diego afirma que toda biografía “nos reenvía a una omisión” (p. 48). Ni la figura del testigo, el que mira y está dentro de la historia, ni el recurrir a la fotografía son garantías de objetividad. Siempre se puede elegir a quién dar voz, qué fotografiar, y en muchos casos, en qué condiciones. La fotografía también se atiene a ciertas convenciones culturales. Planteará la hipótesis de que tal vez sea la *performance* la fórmula visual más cercana a la autobiografía. Y probablemente tenga razón. Como hecho abierto que es admite todas las expresiones artísticas: música, teatro, arquitectura, poesía, artes visuales. Transcurre en el tiempo – del cual el cuerpo del artista o las fotos tomadas durante la misma serán muestra, huella de ese antes y después –, por lo que cumple con la imposición de la secuencialidad autobiográfica y facilita, además, un espacio que ha superado ya la dimensión estática y permanente de los retratos. El espacio se ha hecho expansivo, territorio por el que los papeles del autor, espectador-testigo, incluso fotógrafo-testigo se entremezclan y confunden. Ha sido creada una representación de un yo. Al fin y al cabo la identidad es una construcción cultural y los trabajos estudiados en el presente libro se ocupan más de esa creación de un yo que de la importancia de la veracidad. A través del trabajo de Estrella De Diego comprobamos cómo los artistas y escritores de la Modernidad recurrieron con frecuencia a la autobiografía para llegar a conocerse, encontrar su lugar en el discurso de la historia y denunciar las exclusiones que se habían cometido.

El libro aporta un revelador análisis de un tema tratado pocas veces desde el enfoque aquí abordado. Con frecuencia se encontrarán estudios sobre autorretratos, fotografía o *performances* pero aún no tantos que se preocupen por la dimensión autobiográfica y la noción de un sujeto construido en el tiempo, con todas problemáticas que conlleva. Puede que por esta razón la mayor parte de los textos consultados hayan nacido de la reflexión y el análisis de obras literarias. La carencia de los mismos en el ámbito visual celebra la aparición de un libro como éste y obliga a la autora a construir la hipótesis a partir del medio literario, medio en el que parece sentirse igualmente cómoda, emprendiendo un obligado y al mismo tiempo enriquecedor diálogo entre ambas disciplinas. Lo temporal, propio de la narración autobiográfica, pasa a ser conquistado por las experiencias visuales a través de la manipulación del espacio. Devolver una imagen múltiple, más exacta y cercana a ese sujeto a veces tan inaprensible está aún más lleno de posibilidades en la *performance* precisamente gracias a la irrupción de lo temporal.

AMELIA R. MAÑAS

